

Comentario al evangelio del jueves, 21 de septiembre de 2023

San Mateo.

Es interesante el relato del evangelio de hoy. Comienza con una llamada inequívoca de Jesús a Mateo, sentado en su oficina. “¡Sígueme!”. Dice el texto que Mateo lo dejó todo y lo siguió. Pero más bien parece que en realidad fue Jesús el que siguió y acompañó a Mateo hasta la casa de éste. Y allí celebraron una fiesta.

¿Algo parecido a una despedida de soltero? Quizá. Para Mateo aquel momento significó un cambio radical en su vida. Pasó de la oficina de recaudador de impuestos a seguir a Jesús por unos caminos llenos de incertidumbre y que terminaron a corto plazo de una forma trágica: en la cruz. No sabemos mucho de su vida después de la muerte de Jesús. La tradición dice que fue misionero en Etiopía y Persia, que vivió en Antioquía muchos años y que allí escribió el Evangelio que lleva su nombre. No se sabe si murió mártir o de muerte natural.

La cuestión es que Mateo celebró por todo lo alto su encuentro con Jesús y la despedida de sus amigos, que ya formaban parte de su antigua vida. El futuro iba por otros caminos. Lo bueno es que Jesús, presente en la fiesta, aprovechó también aquel momento para hablar de Dios. Frente a los puros, a los que creen que ya lo saben todo de Dios, de cómo actúa, de lo que acepta y lo que rechaza, Jesús deja claro, en presencia de Mateo y de toda aquella pandilla que él ha venido precisamente para llamar a los pecadores, para invitarles a entrar en el reino. Porque son ellos los que necesitan salvación y amor y compasión y cariño y perdón. Los otros, los fariseos, ya se creen salvados. Se sienten en un nivel superior. Con capacidad para juzgar a sus hermanos, para discriminar entre los que se van a salvar y los que se van a condenar. Pero Dios, el Dios de Jesús, no es así.

Nos podríamos hacer muchas preguntas con motivo de esta fiesta: ¿Nos sentimos salvados, amados y escogidos por Dios? ¿Celebramos con gozo que somos de los enfermos que necesitan médico? ¿O bien nos sentimos de los médicos que condenamos a los otros porque son malos mientras que nosotros creemos estar entre los buenos? El Dios de Jesús, que conoce el corazón de cada persona, no pierde nunca la esperanza de salvarnos y de abrirnos nuevos caminos y posibilidades de vida al servicio del Reino.

